

Homilía DE MONS. ORLANDO ROMERO

Obispo emérito de Canelones

Domingo 5 de junio, Fiesta de la Asunción del Señor

Bienvenidos todos, agradezco la presencia de:

*los de la Diócesis cuyo regazo me siento como arropado por su cariño y su cercanía; y a todos los que han venido de fuera:

*a los hermanos obispos;

*al Sr. Nuncio Apostólico, por el particular significado de su presencia, que nos vincula al Santo Padre Benedicto XVI;

*a nuestro Obispo Alberto que fraternalmente me ha cedido su cátedra para presidir esta celebración jubilar;

*¡Bienvenidos todos para acompañarme a dar gracias al Padre por Jesucristo en el Espíritu Santo.

Agradezco a la Diócesis que ha preparado esta Fiesta para agradecer los 25 años de su Obispo emérito, en particular a la Comunidad de la Catedral y a las comunidades del departamento de Canelones.

Queridos hermanos, queridas hermanas

En este tiempo pascual la Palabra de Dios nos ha recordado las recomendaciones que el Señor Jesús por medio del Espíritu Santo dió a sus discípulos "a la hora de pasar de este mundo al Padre...durante la última cena".

¿En qué estado de ánimo se encontraban aquellos discípulos? Sin duda en un clima de miedo, de inseguridad, de incertidumbre, confundidos ante lo que avecinaba. Ya con tiempo habían sido prevenidos por Jesús mismo, por tres veces les había anunciado su pasión, su muerte y que al tercer día resucitará, pero esto último no lo habían registrado en sus corazones. Por esto Jesús les anima:

-*"No tengan miedo. Crean en Dios y crean también en mí... Yo soy el Camino la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre, sino por Mí" (Jn. 14,1-5)*

-*"Si ustedes me conocen, conocerán también a mi Padre... El que me ha visto, ha visto al Padre..." (Jn. 14,7-14).*

- *"El que me ama será fiel a mi palabra, y mi Padre lo amará; iremos a él y habitaremos en él...El Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi Nombre, les enseñará todo y les recordará lo que les he dicho " (Jn. 14,21-26).*

-j *"No se inquieten, no teman! Me han oído decir 'Me voy y volveré a ustedes'. Si me amaran se alegrarían de que vuelva junto al Padre, porque el Padre es más grande que yo " (Jn. 14,27-31).*

- "Como el Padre me amó, también yo los he amado a ustedes. Permanezcan en mi amor " (Jn.15,11).

- "Ámense los unos a los otros, como yo los he amado... no hay amor más grande que dar la vida... ustedes son mis amigos...yo los llamo amigos...no son ustedes los que me eligieron a mí sino yo el que los elegí a ustedes y los destiné para que den fruto duradero...lo que yo les mando es que se amen los unos a los otros" (Jn.15,12-17).

-"Yo rogaré al Padre, y él les dará otro abogado para que esté siempre con ustedes: el Espíritu de la Verdad...no los dejaré huérfanos, volveré a ustedes...Aquel día comprenderán que yo estoy en mi Padre, y que ustedes están en mí y yo en ustedes (Jn. 14,15-21).

-"Permanezcan en mí, como yo permanezco en ustedes. Así como el sarmiento no puede dar fruto si no permanece en la vid, tampoco ustedes, si no permanecen en mí.

-"Yo soy la vid, ustedes los sarmientos. El que permanece en mí, y yo en él, da mucho fruto, porque separados de mí nada pueden hacer" (Jn.15,4-59).

"LES HE DICHO TODO ESTO PARA QUE MI GOZO SEA EL DE USTEDES, Y ESE GOZO SEA PERFECTO" (Jn. 15.11)

Hoy nuestra experiencia es distinta a la experiencia de los discípulos; estamos ubicados en Jesucristo que vive, que ha resucitado, está glorificado, a la derecha del Padre.

"Sumergidos en este misterio, en este acontecimiento, que celebramos, suscita en nosotros gozo y esperanza porque todo lo que somos y hacemos está envuelto y animado por ese dinamismo pascual que nos lleva a 'cantar eternamente la misericordia del Señor y anunciar su fidelidad por todas las edades' " (Sal. 88,2).

La Palabra de Dios, que hemos escuchado con ocasión de esta celebración de la Ascensión, nos muestra a Jesús que después de animar, darles su paz y abrirles la mente a sus Discípulos a lo que era su Reino, sin embargo una preocupación en el corazón de los discípulos les lleva a preguntar: "Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel? ". La respuesta de Jesús no se deja esperar: "Recibirán la fuerza del Espíritu Santo que descenderá sobre ustedes y serán mis testigos... "Después de esto lo ven "subir", "elevarse y una nube que lo ocultó ante sus ojos extasiados mirando al cielo"... Una voz de lo alto que les dice: ¿por qué siguen mirando al cielo? Este Jesús que les ha sido quitado y fue elevado al cielo, vendrá de la misma manera que lo han visto partir".

Estas expresiones que describen, de alguna manera, el misterio de la Ascensión, desentrañan el acontecimiento pascual de Jesús resucitado: de subir, de elevarse, de ser ocultado por una nube, los discípulos que extasiados miran al cielo, que vendrá de la misma manera que lo han visto partir, no podemos reducirlas meramente a desplazamientos espaciales de la tierra al cielo, a lugares lejanos, o imaginarnos a Jesús eternamente localizado a la derecha del Padre en una realidad trascendente pero no de ficción; si fuera así lo vaciaríamos del contenido real y transformador, gozoso y esperanzador, del acontecimiento pascual en nuestra vida.

¿Qué significa la celebración de la Pascua desde la Ascensión del Señor? ¿Tiene, quizás, algo que ver con la verdadera realidad de nuestra vida, de nuestro mundo? El es el anuncio de la realización del proyecto de abrimos la puerta hacia un nuevo camino de liberación, hacia la plenitud del hombre, hacia la comunión con el Dios vivo. El fin último del subir, del irse, del retornar

es porque quiere elevar al ser humano. "Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí".

De alguna manera este lenguaje nos hace vislumbrar el significado de la ascensión de Jesús. No es un alejarse de nosotros sino que nos abre a una nueva presencia. El ser humano se debate ante una doble gravitación: una que fuertemente nos atrae hacia abajo. Junto a nuestras capacidades no ha crecido solamente el bien. También han aumentado las posibilidades del mal, que se presentan como tempestades amenazadoras sobre nuestra vida, sobre la historia. Cuántas veces constatamos la fuerza que nos deprimen, nos tira hacia abajo, hacia el egoísmo, hacia la falsedad y hacia el mal; la gravitación que nos disgrega, nos rebaja y nos aleja de la altura de Dios.

Por otro lado, está la gravitación del amor de Dios: el ser amado por Dios y la respuesta de nuestro amor que nos atrae hacia lo alto. Tantas veces nos encontramos como tironeados entre el mal y el bien, entre el hombre viejo y el hombre nuevo. Todo depende de poder escapar del campo de gravitación del mal y ser libres para dejarnos atraer totalmente por la fuerza liberadora de Dios, que nos hace auténticos, que nos interpreta en las aspiraciones más profundas del corazón humano, nos eleva a la altura del misterio de Dios. Es la invitación que la Iglesia nos dirige al inicio de la plegaria eucarística: "Sursum corda ", "Levantemos el corazón".

Pero bien sabemos que somos demasiado débiles para elevar nuestro corazón hasta la altura de Dios. La atracción del mal, la debilidad de nuestra condición humana nos sumerge en la postración. Precisamente la soberbia de querer hacerlo solos nos derrumba y nos aleja aún más de Dios. Jesús mismo se hace nuestro camino (Jn. 14). Necesitamos de su Palabra: "Levántate y camina". No consideró su igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente, se anonadó, se humilla hasta morir en la Cruz. Dios mismo es quien lo exalta y le dio el Nombre que está sobre todo nombre (FU. 2,6-9). El descendió hasta la extrema bajeza de la existencia humana, para elevarnos hacia él, hacia el Dios vivo. Se hizo hijo pródigo con los hijos pródigos para conducirnos a la Casa del Padre. Nuestra soberbia, nuestra autosuficiencia es vencida por Quien se humilló hasta ese extremo, es exaltado y glorificado atrayendo a todo hacia Él. Por eso el Señor no nos deja huérfanos: "Recibirán la fuerza del Espíritu Santo, el otro abogado, que estará en ustedes... Vayan sean mis testigos...vayan y den razón de la esperanza que los anima... "yo estoy con ustedes todos los días... ".

En esta inmersión en el misterio de la Pascua celebro con alegría y con inusitada gratitud este jubileo episcopal, favorecido por el tiempo que el Señor me regala, en el Monasterio de las Monjas Clarisas capuchinas donde puedo saborear la gratitud del amor, de la misericordia y de la paciencia del Señor que me ha regalado a lo largo de mi vida sacerdotal y episcopal. En este marco de silencio y de oración puedo decirles, con toda verdad, que la luminosidad del sol del atardecer es tan hermosa como la de amanecer de mi vida sacerdotal.

Sin duda, es un tiempo de desapropiación y de cambio en muchas cosas pero también de mirar con simpatía las posibilidades que se abren ante mí; un tiempo que me permite entrar en otro modo de servir a los demás en forma de acogida fraterna, de escucha, de acompañar sin apuros y de serena y prolongada oración, motivada por la Palabra de Dios.

No se trata de desinteresarme en lo que he invertido con dedicación, energía y entusiasmo en mis 25 años de ministerio episcopal, particularmente, en el acompañamiento de esta querida diócesis,

abierta a la escucha de la Palabra, al aprendizaje evangelizador del estilo del Señor y al anuncio fiel del Evangelio y a las búsquedas planteadas en el corazón humano. La Catequesis ha sido para mí el ámbito de un compromiso articulador de toda mi vida de pastor, ha sido fuente de alimento en mi espiritualidad, de experiencia de la fuerza transformadora del Evangelio, de empuje creativo del anuncio que tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso del tiempo se establece entre el Evangelio y la vida en todas sus dimensiones.

Gracias, mil gracias al Señor, porque hace resonar en mi corazón con renovado vigor el llamado de la penúltima hora: "Ve tu también a mi viña" eco, sin duda alguna, del mandato del Señor: "Vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos...Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo " (Mt. 28, 19-20).

No me queda sino formular ante todos ustedes mi ofrenda personal, en este momento de la Eucaristía:

Padre,

*me pongo en tus manos,
sea lo que sea te doy gracias.*

Acepto todo, con tal que se cumpla tu voluntad,

ilumina mi vida con la luz de tu Hijo.

*Envíame tu Espíritu
para seguir descubriendo
el tesoro que has escondido
en mi corazón. Sin reservas
me confío a tu infinita bondad
porque tu, eres mi Padre. Amén*